

Surf bélico

M. M. Buckner

Traducción:
Lonrenzo Isaac Luengo Regalado



Para William y Nathan

Reconocimientos

Mi gratitud más profunda es para el compañero de mi vida y cónyuge, Jack Lyle. También, y de todo corazón, gracias a tantos amigos y colegas que me han animado y han analizado mi obra, entre los que se cuentan, por orden alfabético: Mary Helen Clarke, Joe De Gross, Mary Bess Dunn, Steve Edwards, Laura Fowler, Phil Geusz, Fred Grim, Les Johnson, Jan Keeling, Cindy Kershner, Lucas Obringer, Bonnie Parker, Nathan Parker, William Parker, Brian Rellea, Martha Rider, Robert J. Sawyer, Allen Steele, Rachel Steele, Carol Stice y Ava Weiner. Doy las gracias, con cariño, a mi agente, Richard Curtis. Y estaré eternamente agradecida a mi editor, John Morgan.

1

Pídele ayuda a tu traje

«Furia, furia contra la muerte de la luz,
Aunque al morir el sabio sepa que la oscuridad es la verdad...»

Dylan Thomas

La vida es adictiva. Tener demasiada hace que quieras más, aunque nunca coincida con lo que esperas. Lo sé. Tengo 248 años. ¿Y Sheeba? Ni siquiera llegaba a veinte cuando nos conocimos. Quizá anhelé su chispa, su ingenua fe en el mañana, sus ganas de jugar, sus muslos ardientes. O quizá es que fue, simplemente, el momento adecuado. Mi vida se encontraba en su declive más ruinoso y la suya se iniciaba con toda pureza cuando nos encontramos. Y ahora, a causa de Sheeba, este será mi último surf bélico. Aguardo aquí, en este campo de batalla, para morir.

Han cesado los disparos. Tiemblo oculto bajo una mesa, en un gélido y desierto vestíbulo. Una pila de bancos rotos escombran el suelo, y todo está cubierto por una mugrienta capa de moho. En lo alto, una luz fluorescente se enciende y se apaga, igual que un código alienígena. Eso es lo peor, la luz. Desgarra mi cordura. Podría salir de aquí. Todavía hay tiempo. Pero no me muevo, y aguardo (¿en calma?) a que llegue el final. Me restan cuatro horas. Cuatro horas para hablaros de Sheeba.

Sheeba, que alivia mi dolor.

Digamos que esto empezó hace seis meses, la tarde de un martes, a principios de enero de 2253; la tarde en que por vez primera, Sheeba me vio navegar una zona de guerra. Nuestro surf se desarrollaba aquel día en la fábrica de productos farmacéuticos de Copia.Com, en Thule, que, a diecisiete niveles bajo el suelo, se hallaba sumida en una pequeña rebelión de belicosos obreros.

Componíamos el mejor equipo de surfistas. Éramos nosotros quienes detentábamos el primer puesto del hemisferio norte, y, juntos, los cinco miembros habíamos navegado guerras durante décadas: Verinne, Kat, Winston, Grunze y yo. Todos guapos, fuertes y ricos, y bien entrados en el segundo siglo; todos adictos al surf de guerra. Juntos, nos hicimos adultos durante el tétrico siglo XXI, y juntos nos enriquecimos durante el XXII. He tenido sexo con todos y cada uno de ellos. Con algunos altibajos, llegué a vivir con Kat, y en cierta ocasión estuve enamorado de Verinne. Quizá éramos amigos. Quizá rivales. Lo cierto es que guardaba como un don preciado lo que fuimos mientras estuvimos juntos.

A nuestro grupo lo llamábamos los Agonistas, por su significado de fuerzas opuestas, aunque también nos gustaban las connotaciones que el término tenía de lucha a muerte. Digamos que compartíamos un mismo desdén por el lugar común. Digamos que habíamos elegido desafiar los agónicos límites de la vida ordinaria. Éramos directivos al borde del retiro, y seguíamos tratamientos de telomerasa, reclinábamos nuestros órganos o nos chutábamos en las células un cargamento de bioNEM para alargar nuestra juventud. El dolor era fácil de matar. El trabajo lo delegábamos en otros. Los banquetes, el sexo libre, las drogas de moda... Todo, con el tiempo, se torna tedioso. Excepto el surf de guerras.

—Nasir, eres jodidamente lento —gritó Grunze sobre el estruendo del hormigón al explotar—. No has tocado la ventana.

Enumeré las explosiones y le envié una sonrisa desde el lado opuesto de un pasillo inundado de polvo. Los vigilantes de Copia empleaban láseres de pulso, y sus ruidosos rayos rebotaban por los muros del pasillo, formando cráteres, machacándome los tímpanos. Al otro lado de mi puesto, Grunze aguardaba frente a la puerta contigua, sacudiendo la cabeza. En principio, yo debía cruzar el pasillo sin que los disparos me alcanzasen. Figúradme acucillado entre las jambas de aquella puerta subterránea, respirando el polvo del cemento y masajeándome el lado derecho de la cadera, que tenía inflamado.

Grunze gritó:

—¿Qué estás haciendo? ¿Echar una meada?

—Saboreo el momento —le grité.

—Nada de descansos. —La árida voz de Verinne me arañó los oídos a través de los auriculares del casco, haciendo que cada palabra sonara como si hubiera sido expulsada mediante toses—. Tienes sesenta segundos, Nasir. De otro modo, habrás perdido.

Su cámara zumbó frente a mí, como el aleteo de unas alas mecánicas no más grandes que un pulgar. En tanto Grunze y yo corríamos por aquella fábrica subterránea, Verinne lo observaba todo desde su coche, que se hallaba aparcado en la superficie. Comprobé la cámara de mi casco. También Grunze y yo documentábamos la acción.

Grunzie me lanzó una sonrisita desde el vano de enfrente. Lo había cruzado con anterioridad, cuando los láseres no habían empezado aún a disparar. Su blindaje blanco acentuaba sus enormes hombros, y su ajustado casco deportivo perfilaba su cabeza granítica. En opinión de Grunze, yo no lograría llegar al otro lado, porque, en comparación con él, soy un tipo menudo, delgado y enjuto, y para Grunze aquello no significaba otra cosa que flaqueza. Apostó medio millón de marcos a que me quedaba clavado y no conseguía atravesar la línea de fuego.

La lluvia de láseres se tornó esporádica, impredecible. *Zzt-zzt. ¡Bam!* Tratad de imaginar un agudo y penetrante hedor a sudor y plástico quemado. Y pongamos que tenía miedo. Era una angustia salobre y tensa, que procedía directamente de las entrañas, un sabor metálico que se diluía en mi boca, un terror que hasta se podía paladear. Tratad de imaginar la forma en que me sumergí en él, dejando que un escalofrío me recorriese la nuca. Supongamos que fantaseé con una lenta agonía.

Una vez que atravesara los rayos láser, en el caso de que lo hiciera, Verinne transferiría la señal de vídeo en riguroso directo hasta Kat y Winston, sitios en Nordvik. A través del auricular podía escuchar sus bromitas. Apostaban cuántos pasos daría, los segundos que discurrirían, si haría algún ruido. Luego beberíamos un tequila y abonaríamos nuestras apuestas, y el gilipollas de Grunze me tendría que pagar medio millón de marcos. Porque iba a hacerlo. No cabía duda. Momentos como este eran mi razón para seguir viviendo.

—Estate a mi lado —susurré entre resuellos. Y pensé en Sheeba. En su fresco aroma a jabón, en esa dulce carne que había bajo su barbilla.

Los láser pasaron silbando, y varios fragmentos de hormigón saltaron en pedazos y me hirieron en la mandíbula. El suelo parecía un mapa de la Luna. Al menos, mi blindaje cuántico, nuevo y lustroso, cambiaba de color con cada uno de mis movimientos, y según la guía del usuario, eso desviaría los disparos láser. Ya me estaba haciendo a la idea de que pondría a prueba la garantía por la que se aseguraba la devolución del dinero.

—Vamos. Ya es casi la hora de comer. —Grunze me envió esa burlona sonrisa suya (una ancha mandíbula irregular, unos dientes blancos), y dobló el dedo índice como diciendo: ven aquí. Era parte de su juego.

Bueno, también yo podía jugar. Con despreocupada tranquilidad, me quité el casco, saqué un espejo de viaje y consulté mi peinado. Me devolvió su reflejo un rostro de hermosos y juveniles rasgos europeos, retocados mediante cirugía para ajustarse al canon. La terapia genética había endulzado mi fisonomía. Solo la forma caída y almendrada de mis ojos delataba el origen hindú de mis antepasados. Algunas mujeres decían que eran ojos poéticos. Ojos apasionados, del color del humo. Durante todos estos años, mis melancólicos ojos del oriente lejano me han hecho un buen servicio.

Kat hizo vibrar mi interfono con su hipertenso gemido:

—Nasir, eso es pavonearse.

—Katherine, tómate una pastilla y relájate. —Despacio, guardé otra vez el espejo en el bolsillo y me puse el casco.

—Nass parece estar haciendo algo zen —dijo Winston. Sus palabras sonaban tan arrastradas por el inalámbrico que parecía estar ahogándose; en tequila, probablemente.

—Treinta segundos —decretó Verinne.

Me atraganté con una repentina ráfaga de humo. En algún lugar estaban ardiendo productos químicos. Tenía que haberme puesto un traje de protección, pero Grunze sentenció que no, que eso era una mariconada. Respira el aire del lugar, dijo. Hazte uno con la zona de guerra.

Me apoyé en las jambas, tosiendo por culpa de aquel humo químico y recordando con macabro humor que los medicamentos quemados pertenecían a mi amigo Grunze. Su familia contaba con una ingente participación en aquella compañía de químicos, y durante cien años, les había devengado cuantiosas ganancias; hasta que sus empleados, sin venir a cuento, destruyeron en el último mes la línea de producción y enviaron toneladas de carísimos productos farmacéuticos a las llamas. Pequeñas disputas laborales idénticas a esta surgían por todas partes, como aquellas modas que sacudían la Red. Y el grito de guerra siempre era el mismo: «Dame lo que tienes».

Al menos, estas nuevas zonas de guerra ofrecían una variedad: los surfistas suspirábamos por nuevos lugares de esparcimiento. Aunque aquí, la lucha empezaba a languidecer. Los guardias de seguridad de Grunze rodeaban a los últimos y ya escasos agitadores. Para Copia, aquella podía ser la batalla final. Paredes y suelos reventaban en pedazos, y yo aguanté la respiración, dejando que mi miedo aumentase. El corazón me latía con fuerza. Mi vista se agudizó. Mi cerebro ganó en velocidad.

—Diez segundos —bramó Verinne.

—Mierda. —Me incorporé y corrí al pasillo.

Los disparos láser arreciaron. Por un instante, puede que viese un muro de luz volando hacia mí, o puede que no. Quizá todo sucedió a cámara lenta. O quizá los segundos se comprimieron en un solo instante. Llegué a escasa distancia de la puerta abierta y rodé sobre el suelo para cubrirme, golpeándome la cadera y riendo como un histérico. A salvo tras el muro, el tremendo escalofrío que se desató en mi cuerpo me golpeó como un orgasmo.

—Bien hecho —aplaudí Verinne.

—Ya era hora —dijo Kat.

—Vale, ya está bien de hacer el payaso. Salgamos de aquí. —Grunze estaba cabreado. Aunque me superaba en sus buenos veinticinco kilos, había quedado patente una vez más que no podía superarme en puro nervio.

La sangre percutía en mis miembros como un tambor. Me aparté de los ojos algunos húmedos rizos negros y hablé a la cámara Abeja:

—¿Cuántos segundos, Verinne?

—Coma ocho-nueve —enunció en su áspera tos—. El tiempo de Grunze ha sido de coma nueve-dos.

—¿Lo has oído? He mejorado tu tiempo, musculitos. —Le di un puñetazo en el hombro y me aparté cuando intentó devolvérmelo—. El perdedor se ha picado, ja.

En ese instante, una sacudida nos lanzó contra el suelo.

—¡Un LRP! —gritamos.

El lanzador de rayos de partículas calcinó el muro que había al otro lado del pasillo, justo en el lugar donde habíamos estado unos segundos antes. Mis pulmones se agitaban como un par de misiles desincronizados. Dos estallidos después, Grunze y yo rodamos por el suelo al unísono para alejarnos de la puerta, y después, cuerpo a tierra, avanzamos hacia el refugio que ofrecía una mesa de metal dada la vuelta. Otro descomunal rayo de partículas explotó mucho más lejos, al final del pasillo, y ambos nos agachamos al mismo tiempo, jadeando, frotándonos las heridas y sonriéndonos mutuamente.

En cuanto Grunze recuperó el aliento, gritó:

—¡Navega el momento!

—¡*Molto* peligroso! —le respondí con otro grito. En el clímax de las batallas, nos embargaba la felicidad más absoluta.

—¿Qué es un LRP? —inquirió Winston por el inalámbrico, pero nadie se molestó en responder.

—Qué pardillos, actuáis como si os hubieseis dado un paseo por Paraíso —comentó Kat.

Grunze rió:

—No, no es tan dulce.

Paraíso, ja. Todo el mundo hablaba de Paraíso, el llamado «santo grial del surf bélico». No era más que una vieja fábrica de azúcar en órbita, apodada así a causa de su olor dulzón, pero desde que nueve meses atrás se declarara la guerra, Paraíso se había vuelto legendario hasta la náusea. Circunvalando la Tierra en una pronunciada órbita polar, el lugar se hallaba tan estrictamente protegido que ningún equipo había tratado de navegarlo. Era un lugar virgen. Tenía un índice de dificultad de clase diez: el más alto.

—Katherine, estás celosa —la provoqué, chocando afectuosamente el casco con Grunze—. Ahora podrías estar aquí, si no te hubieras rajado.

—Ayer sufrí un ataque al corazón, imbécil. —Kat era muy susceptible con su salud.

Pero tras el subidón, la decepción nos embargó demasiado pronto. Me empezó a palpar el costado, allí donde habían impactado los láseres, y en la pierna derecha se me había declarado un dolor feroz. A Grunze, los músculos se le habían quedado tan rígidos que tenía problemas para articular las rodillas.

Me despojé del casco, saqué mi espejo de viaje y comprobé mi peinado. Luego susurré un código privado para hacer una rápida llamada a Sheeba.

Sheeba Zee, mi fisioterapeuta. Apenas rebasada la adolescencia, Shee tenía el talento más milagroso que yo había conocido para restituir la salud. Solo ella podía mitigar la rigidez de mi cadera. Aguardando su respuesta, me masajé los tendones del muslo. La articulación de mi cadera derecha artificial nunca había funcionado al cien por cien. Pero Sheeba sabía qué hacer. Conocía cada marca y cada modelo de mis piezas artificiales. Incluso sabía de la existencia de mis bioNEM, aunque nunca habíamos hablado de ellos. Sheeba no aprobaba la introducción en el cuerpo humano de máquinas nanoelectrónicas. No creía que fueran algo «natural».

Los NEM eran tecnología ultramoderna, y yo poseía miles de especies diferentes de aquellos cabroncetes rondando por mis células con su paso de cangrejo. Aquellas complejas moléculas de silicio utilizaban los azúcares de la sangre para funcionar, se desplazaban como proteínas y desarrollaban las funciones específicas que mi cuerpo de 248 años ya no podía desempeñar. No picaban ni hacían ruido, pero de una manera extraña podía sentir cómo se movían, semejantes a una colmena exótica que zumbaba bajo mi piel. Quizá Shee estaba en lo cierto acerca de los NEM.

De hecho, en cierta ocasión un médico me mostró un TAC del entramado vital, ciertamente inquietante, que los NEM habían trenzado en mis tejidos, una especie de segundo Nasir Deepra fabricado en polvo de vidrio. ¿Podéis imaginar algo así, un hombre de cristal con la forma de Nasir? Solía alimentar la fantástica idea de que, si alguna vez me desprendían la carne y los cartílagos, aquel hombre de vidrio se incorporaría y echaría a andar, y os contaría las mismas mentiras que yo os estoy contando ahora.

Lo que sabía sin lugar a dudas era que los puñeteros NEM costaban una fortuna: solo los más prósperos ejecutivos podían pagar su precio. Los médicos-inventores custodiaban sus patentes con verdadera saña, y si te pillaban compartiendo un NEM sometido a derechos de autor, te daban con la gran M. O sea, la pena de muerte. (Los médicos esgrimían argumentos morales en torno al tema de la longevidad: aducían la creciente limitación de los recursos, los problemas de superpoblación, los derechos de la generación siguiente, etcétera. Una pléyade de sembradores de miedo, si queréis saber mi opinión.)

En cualquier caso, he recabado diferentes especies de NEM desde mi doscientos cumpleaños, pagando a tocateja, porque no había otra alternativa, y cada vez que los médicos desarrollaban uno nuevo, lo agregaba al cóctel. Mis NEM reparaban los inconvenientes de la edad. Me conferían una piel suave, un culo duro, un pelo negro y rizado, y todas las características de un joven y arrogante semental. Pero a veces eran jodidamente lentos en actuar, pensé, mientras me masajaba el lado derecho de la cadera.

Fue entonces cuando vimos llamas en el pasillo.

—Hostia, están usando un arma térmica. Llamaré al jefe del equipo.
—Grunze tocó el micrófono que acarrea en el collarín.

—Qué maricón —me burlé, guardando mi espejo—. Un millón a que no eres capaz de salir de aquí sin ayuda.

—Hecho, cariño. —Agarró el barboquejo de mi casco y trató de besarme en la boca. Hubo un tiempo en que aquello me gustaba, pero Grunze sabía que ya no me iban los tíos. Lo que me iba eran las chicas. Una chica.

—¿Nasir? ¿Me necesitas?

Sheeba. Aquella ingenua voz juvenil que vertía mi auricular me hizo olvidar las llamas.

—Sheeba —susurré, estrechando el casco contra mi oído—, ¿podrás hacerme un hueco esta tarde para una sesión?

—Nass, tu voz suena tensa. ¿Te duele algo?

—Sí, me duele todo. —Me dueles tú, querida Shee. Imaginé sus pómulos aerodinámicos y la succulenta almohadilla de sus anchos labios.

Su risa chispeó por el auricular.

—Mira que te lo he dicho, guapito. Esas capas de más que tienes en tu alma precisan de un cuidado empático. —Era una chica deliciosa: nunca dejaba de soltar esos galimatías de curación mística. Podía verla meciéndose de lado a lado, echando la cabeza atrás y barbotando una explosión de alegres tonterías, como un champán joven brotando de una botella—. Nassir, es la verdad. Esa múltiple complejidad espiritual tuya te hace muy tierno.

—Por aquí. —La voz de Grunze sonó apagada. Había bajado el visor de su casco.

Las llamas se extendían a nuestro alrededor como un viento naranja, cortándonos el paso a los ascensores, y su calor me atravesaba el blindaje. La habitación se estaba llenando de humo, de modo que bajé mi visor y activé la metavisión para poder ver algo. También llevaba un suministro de emergencia de aire *online*. Nasir Deepra no era ningún idiota: me había guardado una bombona de aire filtrado en la mochila. Grunzie también llevaba una. A pesar de nuestra chulería, nunca confiábamos por completo en el aire de una zona de guerra. A lo lejos, en el vestíbulo, escuchamos un grito.

—¡Abajo! —gritó Grunze. Una columna de energía térmica explotó en nuestra dirección, atravesando la puerta, y yo apenas tuve tiempo de cubrirme tras una mesa de metal. La gente dice que soy rápido y ágil, pero lo cierto es que ya no me muevo tan deprisa como antes. Todo un costado de mi blindaje refulgió como plástico fundido.

—Por aquí, Nass. —Grunze me hizo señas con el brazo.

Su hercúlea silueta desapareció por una puerta trasera, así que me precipité tras él, sin forzar el lado derecho de mi cadera. El calor me oprimía la espalda como una mano gigantesca, pero tan pronto como la puerta se cerró a nuestra

espalda, el ruido enmudeció, y solo resonaba el eco de nuestros pasos. Aquella sala resultaba tenebrosa. Su desnudo techo de hormigón debía de estar a unos veinte metros de alto: diversas baldas de metal se elevaban sobre nosotros, atestadas de cajas de plástico blanco. Al tiempo que corríamos por un pasillo formado por dos hileras, me entretuve en leer sus etiquetas. Analgésicos, antibióticos, psicotrópicos: todos ellos llevaban las marcas de Copia.Com. Aquel era el almacén principal de Copia.

Kat derramó su tensa voz de soprano por el inalámbrico:

—No tenéis ni idea de adónde vais. Ni el más mínimo sentido de estilo. — Podía imaginarla ovillada en mi sofá de Nordvik, mordiendo el extremo de un mechón de sus cabellos rojos, con los nervios crispados en impulsos cardíacos mientras miraba nuestro vídeo.

Y en alguna parte, al fondo de la escena, Winston preparaba unos margaritas.

—Olvidé nuestra última apuesta —musitó, arrastrando palabras cada vez más espesas.

—Encontraréis una rampa para transportar mercancías a cuatrocientos metros en dirección norte-noreste de vuestra posición. Dos izquierdas. Luego una derecha. —El resuello de Verinne, seco y racional, parecía proceder de una cripta.

—Ey, no es justo que des direcciones —me quejé—. Grunzie debe escapar sin ayuda. Hemos hecho una apuesta.

Grunze dobló sus acartonados codos.

—Conozco este lugar como la palma de mi mano. ¿Quién dice que necesito ayuda?

Winston comentó algo entre bastidores, y Kat rió. Estaban haciendo una apuesta paralela.

Un estruendo sordo y profundo nos confirmó que el fuego se estaba propagando por el almacén. Se inflamó una pila de cajas como si fuera de cera, y la caja que se encontraba más alta se precipitó al suelo, provocando más llamas. La caricia del miedo cosquilleó mis nervios.

—¿Se le ha marcado a Grunze un tiempo límite? —preguntó Kat.

—No se ha especificado —sentenció Verinne, fiel a los hechos.

—Fracasados —escupió Kat—. Apuesto a que se quedan sin aire en quince minutos. ¿Quién lo ve?

—Yo. —Winston hipó.

—Yo también voy —aceptó Verinne.

Al fondo del almacén, en nuestro mismo pasillo, vimos aparecer tres hombres vestidos con uniformes de obreros que blandían unos trozos de tuberías. Sentí una descarga de temor frío. Eran agitadores, unos matones peligrosos. En cada guerra, los podías encontrar escribiendo en sus *blogs* de la Red una versión distorsionada de la verdad, provocando a la chusma e

incitando incluso a los obreros más sensatos a levantarse y destrozar sus propias Com. Me hacían hervir la sangre. La cámara de Verinne voló hasta ellos y documentó sus rostros. Uno de ellos envió un manotazo a aquel pequeño zángano y trató de agarrarlo con la mano.

En cuanto dieron un paso hacia nosotros, indiqué a Grunze que se adelantase:

—Son tus protis. Entiéndete con ellos.

Protis, obreros protegidos: unos ingratos, eso es lo que eran. Jamás una generación de obreros había recibido protección más generosa por parte de sus Com. Desde la ejecutiva les dábamos comida y alojamiento subvencionados, uniformes gratis, contratos de trabajo de por vida. Cuidábamos de sus familias. Amparábamos a los protis de las dificultades de la existencia. No podía explicarme por qué seguían promoviendo aquellas inacabables batallitas.

—No hay problema —dijo Grunze. Puso a carga completa su pistola aturdidora y disparó unos cuantos rayos eléctricos pasillo abajo, en dirección a los agitadores. No era sino un inofensivo espectáculo de luz, pero funcionó. Los matones nos arrojaron sus barras, por supuesto sin llegar a impactarnos, y luego retrocedieron, fundiéndose con las sombras.

—Plásmico. —Winston barbotó su letárgica carcajada—. La próxima vez, fríe a esos capullos.

—Síguelos, Verinne. Muéstranos dónde se esconden —ordenó Kat.

Verinne se aclaró la garganta:

—Cambiando a metavisión.

Su cámara Abeja se alejó con un zumbido, en pos de los agitadores. La abejita de Verinne contaba con los mismos adaptadores ópticos que los visores de nuestros cascos para poder ver a través del humo. Por desgracia, la metavisión hacía que todo resplandeciese en lívidos colores amarillos y púrpuras, excepto el fuego. Este irradiaba en neón naranja.

Otra pila de cajas fue devorada por las llamas, produciendo un ruido de cristal hecho añicos. El calor hervía bajo mi blindaje, y sentí una oleada de miedo animal, ese subidón que propiciaban las zonas.

Pregunté:

—¿Estás seguro de que la rampa está en esta dirección?

—Tú sigue adelante —replicó Grunze.

Avanzamos en fila india entre las largas hileras de cajas, yo cojeando, Grunzie con andares torpes, sufriendo calambres en las piernas. El contorno de sus poderosos muslos le hacían balancearse de lado a lado. A través de nuestros metavisores, las cajas blancas brillaban como gigantescos cubos de hielo, y unas sombras de color púrpura jugaban sobre el borroso suelo de azafrán. Tan pronto como el humo químico se filtró por mi casco y su acidez invadió mis fosas nasales, apreté los dientes en torno a la boquilla de plástico

y succioné el aire filtrado. Imaginadme bufando y ahogándome. Tenía que haberme puesto el traje de seguridad.

—Pasemos por aquí—dijo Grunze, y nos escurrimos entre las cajas en pos del siguiente pasillo.

Al aproximarnos al lugar por donde los agitadores se habían escabullido, desenfundó su pistola aturdidora y disparó sobre la estantería de metal. Escuchamos un grito ahogado, y tras las cajas apiladas, algo repiqueteó contra el suelo. Seguramente Grunze había chamuscado a uno de los agitadores. Un punto para nuestro bando. La cámara de Verinne oscilaba como un rayo entre las baldas, adelante y atrás.

—¿Queréis información visual?—preguntó.

—¡Nada de ayuda externa!—grité.

Verinne podía haber enviado la señal de vídeo a los visualizadores de nuestros cascos, y mostrarnos al obrero herido retorciéndose en el suelo, pero —lo confieso ahora— los detalles sangrientos me ponían enfermo. Me hacían recordar ciertos sucesos del pasado, escenas oscuras y desagradables..., y ciertas caras.

Pero ese no es el tema. Lo que quise decir es que teníamos una apuesta. Se suponía que Grunze no debía recibir ayuda, y fue por eso que impedía Verinne que nos enviase una visual. Porque yo quería ganar la apuesta.

A nuestra espalda, las llamas envolvieron otra pila de cajas, y la metavisión naranja brilló con tanta fuerza que los ojos se me llenaron de lágrimas. Serpientes ígneas de un radiante amarillo culebreaban hacia el techo, sobre nuestras cabezas, y cuando Grunze vio aquello se dio la vuelta y echó a correr. Antes de que pudiese seguirle, otra ola térmica explotó detrás de nosotros, y la onda expansiva me arrojó de cabeza contra el cuerpo de Grunze. El calor penetraba mi espalda, cortante como un millón de cuchillas, y gemí como un loco.

—Ja. Me debes cincuenta—rió Winston en el auricular.

—Eso ha sido un lamento, no un grito—se quejó Kat.

—Eso es hilar muy fino. Doble o nada a que grita de nuevo. *Ey, Nasir, ¿estás bien?*

No pude articular respuesta. Debido al calor, el blindaje nuevo se había soldado a mi espalda, y cada movimiento me arrancaba una tira de piel. La cámara de Verinne revoloteaba a nuestro alrededor, y Grunze me alzó en volandas y me arrastró hacia el fondo del almacén. No podía dejar de gemir. En el auricular, las voces formalizaban nuevas apuestas, pero todo mi universo se reducía a una sola sensación: aquel dolor inhumano que corría por mi espalda como si fuera ácido.

Por supuesto, mi pulgar izquierdo empezó a vibrar. Era mi BiSI, mi «BioSensor Implantado», un microprocesador médico que llevaba incrustado bajo la uña. Enviaba una señal para alertarme del estado de mi salud, pero para

lo último que tenía tiempo era para quitarme el guante y consultar la micropantalla instalada en la uña del pulgar. Las lágrimas nublaban mi vista, y no hubiera sabido a donde ir si Grunze no me hubiese llevado a empujones.

De pronto, una suave voz juvenil se abrió paso entre el parloteo como un repique de campanas. Suave, inocente, rebosante de preocupación. Mi adorada Sheeba.

—Pídele ayuda a tu traje, Nass.

Sheeba no había cortado nuestra comunicación. A hurtadillas, aquella latosa chiquilla había estado siguiéndonos a través de nuestra página web privada, observando nuestro surf.

Sus palabras me recordaron qué hacer:

—Norfina —murmuré—, dosis triple. —El sistema inteligente de mi blindaje escuchó la orden y disparó el reparador. Percibí en el antebrazo un ligero pinchazo cuando el reparador me hundió sus dienteitos en la piel, y unos segundos más tarde la droga surtió efecto. Me entumecí de alivio—. Mi querida Sheeba, gracias.

—¿Qué hacéis en ese lugar? —preguntó—. ¿Buscáis la oscuridad?

Grunze cargaba contra una oxidada puerta metálica, y en vista de que no se abría, descargó su pistola aturdidora en el cerrojo.

—¿Has olvidado el código? —le pregunté.

Respondió con un gruñido:

—La han forzado. —Entonces se puso a patear la puerta, pero no sirvió de nada.

—Hay otra salida... —comenzó Verinne.

—No lo digas. —Grunze la cortó en seco—. Nasir dirá que me ayudaste. De ningún modo voy a dejar que este renacuajo lo interprete como una ventaja.

—Grunzie, ¿sabes dónde está esa otra salida? —Observé las llamas naranja que ya envolvían la mitad del almacén.

Grunzie señaló el techo con su pistola:

—Por allí.

En una lejana esquina de color púrpura, vi una pasarela dorada que conducía a una trampilla en el techo. Las llamas avanzaban y retrocedían hacia la esquina como una marea de neón, pero aún no la habían alcanzado.

—¿Cómo vamos a subir?

—Con una escalera —respondió—. Ayúdame a encontrar una. ¿O eso se considerará como una «ayuda externa»?

—El término de la apuesta es «ayuda», sin especificar más —apuntó Verinne con monótona aspereza—. Eso implica cualquier tipo de ayuda. Si le pides a Nasir que encuentre una escalera, tú pierdes, ipso facto. Puedo volver a poner la grabación, si quieres.

—Entonces no jodas más y hazte a un lado. —Grunze me empujó contra una caja de vacunas antisida y se marchó.

Mi indicador de aire señalaba un remanente de menos de cinco minutos. Por un segundo, apagué el tétrico metavisor de púrpuras y naranjas, pero aquel humo negro se tornó tan denso al envolver el almacén que me vi obligado a activarlo de nuevo. La pasarela se encontraba a veinte metros de mí, suspendida del techo. Calculé la distancia mediante un vistazo, tomando como referencia la altura de la repisa metálica más próxima.

Emití la orden de excluir temporalmente a Grunze de la teleconferencia.

—Verinne, nuestra apuesta radica en si Grunze podrá escapar sin ayuda, ¿no? Eso no tiene nada que ver conmigo. Yo puedo obtener toda la ayuda que quiera.

—Nass el escurridizo. ¿Qué estás tramando? —preguntó Winston.

—Grunze está perdiendo el tiempo al buscar una escalera. Debéis desbloquear esa rampa —dijo Verinne.

—Déjanos ver el teclado de seguridad. Os ayudaremos. —Winston soltó un eructo.

—Hazme caso —dijo Kat—. Soborna a uno de esos agitadores para que te haga de guía.

Ignoré lo que decían y me despojé de mi mochila:

—Verinne, ¿puedes ser mis ojos? Envía a tu Abeja a que eche un vistazo a la pasarela y transfíerme la imagen.

La pequeña cámara desplegó un *zoom* al techo, y con la señal del vídeo de Verinne proyectándose en la esquina inferior derecha de mi visor, saqué mi equipo de escalada. ¿Por qué no pensó Grunze en trepar por las baldas hasta la pasarela? Parecía obvio.

En ese momento, un grito resonó en el almacén, y un hombre salió tambaleándose de entre dos pilas de cajas con las ropas envueltas en fuego. Mientras corría hacia mí, dejaba a su espalda un reguero de llamas. Aullaba como una bestia salvaje. ¿Se trataba de Grunze? No, era un agitador. Al aproximarse, vi su rostro ennegrecido, carente de ojos. Como aquellas caras de Lahore, las que envenenaban mis sueños. Por instinto, hurgué en mi mochila buscando algo con que envolverle y así sofocar las llamas.

Mientras arrojaba una manta de aluminio sobre sus hombros, Win preguntó:

—¿Por qué ayudas al enemigo?

Kat intervino:

—Apártate, Nass. Estás bloqueando la cámara de Verinne.

En cualquier caso, había llegado tarde. El hombre siguió tambaleándose hacia delante hasta que se dio de bruces contra la pared. Estaba demasiado ciego como para ver algo. Me di la vuelta, conteniendo las náuseas.

—Verinne, ¿has grabado eso? Ha sido un «cintazo». —Kat parecía reír como una niña, sobreexcitada.

—Sí, todo un «cintazo» —admitió Verinne—. Lo estoy transfiriendo a nuestro sitio web.

En la jerga de los surfistas, «cintazo» se empleaba para describir las interioridades *gore* más fotogénicas de nuestro deporte. Guerra en estado puro. De todas las webs de surf, el sitio de los Agonistas tenía los «cintazos» más lucidos y flipantes de la Red. Nuestras retransmisiones eran metavívidas. Y metaprivadas. Nuestra señal era enviada mediante bucles infinitos e imposibles de localizar, que ni siquiera la World Trade Org era capaz de *crackear*, si bien millones de admiradores sabían dónde encontrarnos. Nos visitaban con insistencia hasta que navegábamos alguna zona, y por lo general en sus críticas otorgaban cinco estrellas a nuestros «cintazos». Pero eso no me importaba. El olor de la carne horneada de aquel tipo se me había metido en el casco.

Corta el rollo, Deepra. Olvida esa pose tan racional. Eres el número uno de los surfistas bélicos.

El número uno. Claro. Me tapé la boca y tragué. El «cintazo» era la única parte de nuestro deporte que me daba pavor. Por supuesto, fingía tanta indiferencia como el que más. Las apuestas ayudaban.

El indicador señalaba que solo quedaban tres minutos de aire, así que ordené en un grito que Grunze regresase a la teleconferencia.

—Grunzie, ¿sigues vivo?

—¿Habéis terminado de chismorrear a mis espaldas? Ya estoy fuera. ¿Qué te parece eso, sucio Nass? Has perdido.

—¿Estás fuera? ¡Yo todavía sigo aquí! —Miré con ansiedad el indicador de aire. Sin duda, mi voz había dejado asomar el pánico.

—¿Qué tal otra apuestita? —preguntó—. Un kilo a que no puedes salir sin mi ayuda.

—Grunze, pedazo de cabrón. Me has engañado.

Su risita de necio baló en mi auricular, pero concentré mi atención en la trampilla del techo. Aquella endeble repisa de metal se erguía a quince metros de altura, y la pasarela colgaba al menos cinco metros por encima de ella. Comprobé mi indicador de aire. Apenas marcaba dos minutos. La cámara de Verinne zumbó alrededor de mi cabeza, incordiándome. La cuerda para escalar yacía enroscada a mis pies, las llamas de neón avanzaban hacia mí en ráfagas, y el calor, cada vez mayor, formaba ampollas en mi blindaje. De no ser por la norfina que corría por mis venas, lo más probable es que me hubiera echado a llorar.

—Volveré por ti, capullo. Todo lo que tienes que hacer es suplicar.

Ah, Grunze, con cuánta habilidad echabas más leña al fuego. La adrenalina me estremecía los miembros, y paladeé su sabor a cobre. Era por eso por lo que acudía a la zona. Por esta deliciosa y electrizante angustia. Estar al límite del caos, luchar por mantener el control, sentir mi futuro en peligro. Momentos como este resucitaban mi deseo de vivir. Saqué pecho y susurré: «Estate a mi lado.»

En voz alta dije:

—Mirad al maestro en acción.

Las llamas ya casi habían alcanzado la repisa que me llevaría hasta la pasarela. Recogí la cuerda y me precipité pasillo abajo para llegar a ella. Tan pronto como alcancé la repisa inferior, me impulsé hacia arriba, primero una mano, luego otra, superando las cajas de plástico que ardían, ignorando las llamas. Las heridas significaban puntos de prestigio extra, y, además, no sentía dolor. La norfina estaba funcionando a la máxima potencia, y aquel hombre de vidrio formado por los bioNEM que vivía en mi interior repararía las células dañadas.

Recibí la llamada de un nuevo conferenciante:

—Jefe, no me gusta tener que molestarle ahora, pero sus acciones de InterMerc están cayendo. ¿Vendo a la baja?

Era Chad, mi ciberayudante personal. En qué momento.

—¿Cuánto han caído? —pregunté.

—Tres coma siete billones y pico.

—Sí, vende. —Corté la comunicación con Chad y ascendí a la repisa.

Cuando alcanzara la que estaba más alta, todo lo que tendría que hacer era lanzar la cuerda, balancearme hasta la pasarela y elevarme a la trampilla. Oh dorados dioses, me sentía vivo. Casi podía escuchar a la audiencia de la Red, aclamándome. Mi ligereza me convertía en un escalador veloz, así que subí dando saltos, sintiéndome joven y fuerte, libre de las leyes de la gravedad. Como en un sueño, sentí que la repisa oscilaba. Perdí el equilibrio y me fui hacia atrás.

—Cincuenta a que se rompe la cabeza contra el suelo.

—Lo veo.

—¡Nasir, lanza la cuerda! —gritó Sheeba. Mi querida niña. Sheeba.